

Bochorno
en el litoral



SOL Y ALTAS
TEMPERATURAS

Lleida

+37

+19

Jornada soleada, con algunas nubes en la mitad sur del litoral y prelitoral. Los termómetros llegarán a 32º en la costa y a 37º en poniente. Ambiente bochornoso en las zonas costeras.

Gente corriente

«Me he pasado toda la vida aprendiendo»



RICARD CUGAT

Encuentro a Montserrat Prats tras el mostrador de un quiosco de escalera, su tienda. Cuando entro, está hablando en inglés. Dice que se va de vacaciones, que ya le toca.

—¿Son sus primeras vacaciones?

—Vacaciones de verdad, sí. Me voy a olvidar de la tienda y no sé ni cuándo voy a abrir.

—¿Cuánto hace que trabaja en el quiosco?

—No me acuerdo. ¿Desde 1959? Mis padres murieron en un accidente y heredamos varios negocios, entre ellos esta tienda.

—Lo siento mucho.

—Tenía 12 años. Tuvieron un accidente de coche. Mi hermano mayor conducía y también falleció. Mi padre había tenido perfumerías, aunque su oficio era el de relojero.

—En los años 50 era una relojería...

—No. Lo había sido antes. Este quiosco perte-

nece a la familia desde los años 20. Mi padre y mis abuelos eran relojeros. Cuando llegó la guerra civil, y luego la mundial, la gente que venía del frente no tenía dinero para comprar relojes, y tampoco llegaban las piezas porque los recambios eran suizos.

—¿Qué hicieron?

—Mi padre y su socio pensaron qué se podía hacer para ganar dinero, y convirtieron las relojerías en perfumerías. Vendían jabones, hojas de afeitar, brochas... Siempre pensaron que sería algo provisional, que cuando las cosas se normalizaran, regresarían a su oficio, pero las cosas les fueron muy bien y acabaron abriendo cinco locales de venta. Luego vino el accidente. Yo era una niña, me faltaba experiencia y no sabía nada. Tras el accidente cambiaron las cosas.

—¿Dónde aprendió a hablar inglés?

—Yo hablo bien el francés, con el inglés me

Montserrat Prats

Mientras habla, los vecinos se cruzan con la clientela. Lleva más 40 años en un quiosco de escalera.

POR
Catalina
Gayà



defiendo. Lo aprendí en Suiza.

—Es usted una caja de sorpresas.

—Mi hermano, que era mi tutor, tuvo que ir a la mili y consideró que yo tenía que mejorar mis conocimientos. Me envió a un internado para niñas en Suiza. Se aprendía francés, pero como había niñas de todo el mundo hablábamos inglés.

—De la España franquista a Suiza.

—Era una apertura absoluta al mundo. Yo siempre había ido a colegios de monjas y todo era pecado, y lo que no era pecado era más que pecado. Ahí había gente de todas las religiones y de todas las culturas. Yo era la niña más pequeña de la escuela.

—¿Cuántos años tenía?

—15, y regresé al cabo de un año, más sabia. Recuerdo que había una lista en la escuela con las celebraciones religiosas: había judías, ortodoxas, católicas...

—Y regresó al colegio de monjas.

—Sí, y me adapté. Tuve un problema tan grande de niña que, desde entonces, relativizo todos los problemas. Después del colegio, me puse a trabajar en el quiosco. Nadie me preguntó si quería estudiar. Una vez lo intenté, quería ser periodista, pero fue imposible. Mis hijos eran pequeños. Cuando me jubile, quizá asista de oyente, pero ya no quiero más obligaciones.

—¿Cómo convierte la perfumería en tienda de medias?

—Solo hace 10 o 12 años que me dedico a las medias, que es lo que trabajo bien. Dejé la cosmética porque el mercado cambió y yo no tenía los medios. Me planteé qué podía hacer. Empecé con medias lisas y me fui yendo a las negras, a las de color y a las de colores. Me he pasado toda la vida aprendiendo y muchas veces he fracasado. Supongo que en algún momento tocas la piedra filosófica y sigues adelante: no para ser rico, pero sí para vivir.

—¿Cómo se encuentra esa piedra?

—Te la encuentras. Un día apareció una chica, era representante de medias, y fue muy insistente en que pusiera medias de color. Miré a los lados y vi que no había nadie que tuviera medias de color, y así empecé. La gente empezó a pedírmelas.

—¿Nuca se ha agobiado?

—Yo estoy muy acostumbrada, pero cuando viene alguien sí que se agobia porque el espacio es muy pequeño y chocan con todo. Para mí, es fácil: se recoge el mostrador y se bajan las puertas. No hay más misterio. Antes era un carrito, una pieza móvil, pero en los 60 lo reformamos. ≡